

SELVA y LAS HORMIGAS

LEER
PARA
PLACER

Selva, una niña de cinco años, despierta y muy observadora, dedicaba horas a estar en el campo, horas en las cuales observaba, muy atentamente, la naturaleza y todo cuanto sucedía a su alrededor. Lo que más le apasionaba eran las hormigas.

A la pequeña Selva le inquietaba ver de qué manera aquellos minúsculos bichitos iban y venían, de un lado para otro, a lo largo del día. Su manera de actuar parecía demostrar que todas aquellas hormigas supieran perfectamente a qué punto exacto de la casa o de la huerta del abuelo Rulo debían dirigirse en cada momento y por qué motivo.

Siempre que había migas de pan en la cocina, las hormigas, organizadas en dos bloques perfectos de filas se disponían a llevar este manjar a su hormiguero, desapareciendo como si no hubiesen estado allí jamás.

¿Cómo podían saber aquellos diminutos seres dónde se encontraba la cocina y por qué parecían saber la hora exacta en la cual tendrían a su disposición el exquisito alimento?

Selva había oído hablar sobre naves espaciales y

extraterrestres y, poco a poco, todo parecía encajar. Observar a aquellas hormigas tan atentamente la había llevado al convencimiento de que aquellos extraños seres debían tener algún sistema de control sobre nosotros. Un sistema tan avanzado que, ni siquiera, les hacía falta usar naves para visitarnos.

– ¡Las he descubierto! ¡Sé cuáles son sus intenciones en nuestro planeta! –gritó Selva observando la boca del hormiguero-

Esa tarde, la pequeña durmió la siesta, feliz, bajo la sombra de la vieja higuera del abuelo Rulo, sintiéndose la gran descubridora del secreto de los marcianos.

